

Los trabajos y los días



Hesíodo

LIBRO I

Musas que ilustráis con vuestros cantos, venid de la Pieria, y loando a vuestro Padre Zeus, decid cómo los hombres mortales son desconocidos o célebres, irreprochables o cubiertos de oprobio, por la voluntad del gran Zeus. Porque eleva y derriba fácilmente, abate con facilidad al hombre poderoso y fortalece al débil, castiga al malo y humilla al soberbio, Zeus que truena en las alturas y habita las moradas superiores.

¡Escucha, oh hombre que oyes y ves todo, y conforma nuestros juicios a tu justicia! Por lo que a mí respecte, procuraré decir a Perses unas cuantas verdades.

No hay una causa única de disensión, sino que hay dos sobre la tierra: la una digna de las alabanzas del sabio, la otra censurable. Obran en sentido diferente. Una es funesta; excita la guerra lamentable y la discordia, y ningún mortal la ama; pero todos le están sometidos necesariamente por la voluntad de los Inmortales. En cuanto a la otra, la oscura Nix la parió la primera, y el alto Cronida que habita en el eter la situó bajo las raíces de la tierra para que fuese mejor con los hombres, pues excita al perezoso al trabajo. En efecto, si un hombre ocioso mira a un rico, se apresura a labrar, a plantar, a gobernar bien su casa. El vecino excita la emulación del vecino, que se apresura a enriquecerse, y esta envidia es buena para los hombres. Con él, el alfarero envidia al alfarero, el obrero envidia al obrero, el mendigo envidia al mendigo y el aeda envidia al aeda.

¡Oh Perses! retén esto en tu espíritu: que la envidia, que se regocija de los males, no desvíe tu espíritu del trabajo, haciéndote seguir los procesos y escuchar las querellas en el ágora. Hay que conceder poca atención a los procesos y al ágora cuando no se ha amontonado en la casa, durante la estación, el sustento, presente de Demeter. Una vez saciado, entablarás, si quieres, procesos y querellas a las riquezas de los otros; pero entonces no te será ya permitido obrar así. Terminemos, pues, el proceso con juicios rectos, que son dones excelentes de Zeus; porque recientemente hemos repartido nuestro patrimonio, y me has arrebatado la mayor parte, con el fin de inclinar en tu favor a los reyes, esos devoradores de presentes, que quieren juzgar los procesos. ¡Insensatos! No saben hasta qué punto la mitad a veces vale más que el todo, y hasta qué punto son un gran bien la malva y el asfodelo. Los dioses, en efecto, ocultaron a los hombres el sustento de la vida; pues, de otro modo, durante un solo día trabajarías lo suficiente para todo el año, viviendo sin hacer nada. Al punto colgarías el mango del arado por encima del humo, y pararías el trabajo de los bueyes y de las mulas pacientes. Pero Zeus ocultó este secreto, irritado en su corazón porque el sagaz Prometeo le había engañado. Por eso preparó a los hombres males lamentables, y escondió el fuego que el excelente hijo de Yapeto robara en una caña hueca abierta para dárselo a los hombres, engañando así a Zeus que disfruta del rayo. Entonces, Zeus que amootona las nubes dijo indignado:

¡Yapetionida! Más sagaz que ninguno, te alegras de haber hurtado el fuego y engañado a mi espíritu; pero eso constituirá una gran desdicha para ti, así como para los hombres futuros. A causa de ese fuego, les enviaré un mal del que quedarán encantados, y abrazarán su propio azote.

Habló así y rió el Padre de los hombres y de los dioses, y ordenó al ilustre Hefesto que mezclara en seguida la tierra con el agua y de la pasta formara una bella virgen semejante a las diosas inmortales, y a la cual daría voz humana y fuerza. Y ordenó a Atenea que le enseñara las labores de las mujeres y a tejer la tela; y que Afrodita de oro esparciera la gracia sobre su cabeza y le diera el áspero deseo y las inquietudes que enervan los miembros. Y ordenó al mensajero Hermeas, matador de Argos, que le inspirara la impudicia y un ánimo falaz. Ordenó así, y los aludidos obedecieron al rey Zeus Cronión. Al punto, el ilustre Cojo de ambos pies, por orden de Zeus, modeló con tierra una imagen semejante a una virgen venerable; la diosa Atenea la de los ojos claros la vistió y la adornó; las diosas Cárites y la venerable Pito colgaron a su cuello collares de oro; las Horas de hermosos cabellos la coronaron de flores primaverales; Palas Atenea le adornó todo el cuerpo; y el Mensajero matador de Argos, por orden de Zeus retumbante, le inspiró las mentiras, los halagos y las perfidias; y finalmente el Mensajero de los dioses puso en ella la voz. Y Zeus llamó a ésta mujer Pandora, porque todos los dioses de las moradas olímpicas le dieron algún don, que se convirtiera en daño de los hombres que se alimentan de pan

Tras de acabar esta obra perniosa e inevitable el Padre Zeus envió hacia Epimeteo al ilustre Matador de Argos, veloz mensajero de los dioses, con ese presente; y Epimeteo no pensó en que Prometeo le había recomendado que no aceptara nada de Zeus Olímpico y le devolviera sus presentes, para que no trajesen desgracia a los mortales. Y aceptó el obsequio y no sintió el mal hasta después de haberlo recibido.

Antes de aquel día, las generaciones de hombres vivían sobre la tierra exentas de males, y del rudo trabajo, y de las enfermedades crueles que acartean la muerte a los hombres. Porque ahora los mortales envejecen entre miserias.

Y aquella mujer, levantando la tapa de un gran vaso que tenía en sus manos esparció sobre los hombres las miserias horribles. Únicamente la Esperanza quedó en el vaso, detenida en los bordes, y no echó a volar porque Pandora había vuelto a cerrar la tapa por orden de Zeus tempestuoso que amontona las nubes.

Y he aquí que se esparcen innumerables males entre los hombres, y llenan la tierra y cubren el mar; noche y día abruman las enfermedades a los hombres, trayéndoles en silencio todos los dolores porque el sabio Zeus les ha negado la voz. Y así es que nadie puede evitar la voluntad de Zeus.

Pero, si quieres, oh Perses, te diré otras palabras buenas y sabias; retenlas en tu espíritu.

Cuando al mismo tiempo nacieron los dioses y los hombres mortales, primero los Inmortales que tienen moradas olímpicas crearon la Edad de Oro de los hombres que hablan. Bajo el imperio de

Cronos que mandaba en el Urano, vivían como dioses, dotados de un espíritu tranquilo. No conocían el trabajo, ni el dolor, ni la cruel vejez; guardaban siempre el vigor de sus pies y de sus manos, y se encantaban con festines, lejos de todos los males, y morían como se duerme. Poseían todos los bienes; la tierra fértil producía por sí sola en abundancia; y en una tranquilidad profunda, compartían estas riquezas con la muchedumbre de los demás hombres irreprochables.

Pero, después de que la tierra hubo escondido esta generación, se convirtieron en dioses, por voluntad de Zeus, aquellos hombres excelentes y guardianes de los mortales. Vestidos de aire, van por la tierra, observando las acciones buenas y malas, y otorgando las riquezas, porque tal es su real recompensa.

Después, los habitantes de las moradas olímpicas suscitaron una segunda generación muy inferior, la Edad de Plata, que no era semejante a la Edad de Oro ni en el cuerpo ni en la inteligencia. Durante cien años, el niño era criado por su madre y crecía en su morada, pero sin ninguna inteligencia; y cuando había alcanzado la adolescencia y el término de la pubertad, vivía muy poco tiempo, abrumado de dolores a causa de la estupidez. En efecto, los hombres no podían abstenerse entre ellos de la injuriosa iniquidad, y no querían honrar a los dioses, ni sacrificar en los altares sagrados de los Bienaventurados, como está prescrito a los hombres por el uso. Y Zeus Cronida, irritado, los absorbió, porque no honraban a los dioses que habitan el Olimpo.

Después de que la tierra hubo escondido esta generación, estos mortales fueron llamados los Dichosos subterráneos. Están en segunda fila, pero se respeta su memoria.

Y el Padre Zeus suscitó una tercera raza de hombres parlantes, la Edad de Bronce, muy desemejante a la Edad de Plata. Al igual de fresnos, violentas y robustos, estos hombres no se preocupaban sino de injurias y de trabajos lamentables de Ares. No comían trigo, eran feroces y tenían el corazón duro como el acero. Era grande su fuerza, y sus manos inevitables se alargaban desde los hombros sobre sus miembros robustos. Y sus armas eran de bronce y sus moradas de bronce, y trabajaban el bronce, porque aún no existía el hierro negro. Domeñándose entre sí con sus propias manos, descendieron a la morada amplia y helada de Edes, sin honores. La negra Tanatos los asió, a pesar de sus fuerzas maravillosas, y dejaron la espléndida luz de Helios.

Después de que la tierra hubo escondido esta generación, Zeus Cronida suscitó otra divina raza de héroes más justos y mejores, que fueron llamados Semidioses en toda la tierra por la generación presente. Pero la guerra lamentable y la refriega terrible los destruyeron a todos, a unos en la tierra Cadmeida, delante de Tebas la de las siete puertas, en tanto combatían por los rebaños de Edipo; y a los otros, cuando en sus naves fueron a Troya, surcando las grandes olas del mar, a causa de Helena la de hermosos cabellos, los envolvió allí la sombra de la muerte. Y el Padre Zeus les dio un sustento y una morada desconocidos de los hombres, en las extremidades de la tierra. Y estos héroes habitan apaciblemente las islas de los Bienaventurados, allende el profundo Océano. Y allí, tres veces por año, les da la tierra sus frutos.

¡Oh, si no viviera yo en esta quinta generación de hombres, o más bien, si hubiera muerto antes o nacido después! Porque ahora es la Edad de Hierro. Los hombres no cesarán de estar abrumados de trabajos y de miserias durante el día, ni de ser corrompidos durante la noche, y los dioses les prodigarán amargas inquietudes. Entretanto, los bienes se mezclarán con los males. Pero Zeus destruirá también esta generación de hombres cuando se les tornen blancos los cabellos. No será el padre semejante al hijo, ni el hijo al padre, ni el huésped al huésped, ni el amigo al amigo, y el hermano no será amado por su hermano como antes. Los padres viejos serán despreciados por sus hijos impíos, que les dirigirán palabras injuriosas, sin temer los ojos de los dioses. Llenos de violencia, no restituirán a sus viejos padres el precio de los cuidados que de ellos recibieron. El uno saqueará la ciudad del otro. No habrá ninguna piedad, ninguna justicia, ni buenas acciones, sino que se respetará al hombre violento e inicuo. Ni equidad, ni pudor. El malo ultrajará al mejor con palabras engañosas, y perjuraré. El detestable Zelo, que se regocija de los males, perseguirá a todos los míseros hombres. Entonces, volando de la anchurosa tierra hacia el Olimpo, y abandonando a los hombres, Edo y Némesis, vestidas con trajes blancos, se reunirán con la raza de los Inmortales. Y los dolores se quedarán entre los mortales, y ya no habrá remedio para sus males.

Y ahora, diré un apólogo a los reyes, aunque piensan con su propia sabiduría.

Un gavilán habló así a un ruiseñor sonoro al que había cogido en sus garras y se lo llevaba por las altas nubes. El ruiseñor, desgarrado por las curvas uñas, gemía; pero el gavilán le dijo estas palabras imperiosas:

Desdichado, ¿por qué gimes?

Ciertamente, eres presa de uno más fuerte que tú. Irás adonde yo te conduzca, aunque seas un aeda. Te comeré, si me place, o te soltaré. ¡Malhaya quien quiera luchar contra otro más poderoso que él! Será privado de la victoria y abrumado de vergüenza y de dolores.

Así habló el rápido gavilán de anchas alas.

¡Oh Perses! escucha la justicia y no medites la injuria, porque la injuria es funesta para el miserable, y ni siquiera el hombre irreprochable la soporta fácilmente; está abrumado y perdido por ella. Hay otra vía mejor que lleva a la justicia, y ésta se halla siempre por encima de la injuria; pero el insensato no se instruye hasta después de haber sufrido. El dios testigo de los juramentos se aparta de los juicios inicuos. La justicia se irrita, sea cualquiera el lugar adonde la conduzcan hombres devoradores de presentes que ultrajan las leyes con juicios inicuos. Vestida de tinieblas, recorre, llorando, las ciudades y las moradas de los pueblos, llevando la desdicha a los hombres que la han ahuyentado y no han juzgado equitativamente. Pero los que hacen una justicia recta a los extranjeros, como a sus conciudadanos, y no se salen de lo que es justo, contribuyen a que prosperen las ciudades y los pueblos. La paz, mantenedora de hombres jóvenes, está sobre la tierra, y Zeus que mira a lo lejos, no les envía jamás la guerra lamentable. Jamás el hambre ni la injuria ponen a prueba

a los hombres justos, que gozan de sus riquezas en los festines. La tierra les da alimento abundante; en las montañas, la encina tiene bellotas en su copa y panales en la mitad de su altura. Sus ovejas están cargadas de lana y sus mujeres paren hijos semejantes a sus padres. Abundan perpetuamente en bienes y no tienen que navegar en naves, porque la tierra fecunda les prodiga sus frutos. Pero a los que se entregan a la injuria, a la husca del mal y a las malas acciones, Zeus que mira a lo lejos, el Cronida, les prepara un castigo; y con frecuencia es castigada toda una ciudad a causa del crimen de un solo hombre que ha meditado la iniquidad y que ha obrado mal. El Cronión, desde lo alto del Urano. envía una gran calamidad: el hambre y la peste a la vez, y perecen los pueblos. Las mujeres no paren ya, y decrecen las familias. por voluntad de Zeus Olímpico; o bien les destruye el Cronión su gran ejército, o sus murallas, o hunde sus naves en el mar.

¡Oh reyes! considerad por vosotros mismos este castigo; porque los dioses mezclados entre los hombres, ven a cuantos se persiguen con juicios inicuos sin preocuparse de los dioses ni por asomo. Sobre la tierra mantenedora de muchos hay treinta mil Inmortales de Zeus que guardan a los hombres mortales; y envueltos de aire, corren acá y allá sobre la tierra observando los juicios equitativos y las malas acciones. Y la justicia es una virgen hija de Zeus, ilustre, venerable para los dioses que habitan el Olimpo; y en verdad que, si alguien la hiere y la ultraja sentada junto al Padre Zeus Cronión, al punto acusa ella al espíritu inicuo de los hombres, con el fin de que el pueblo sea castigado por culpa de los reyes que, movidos de un mal designio, se apartan de la equidad recta y se niegan a pronunciar juicios irreprochables. Considerad esto, ¡oh reyes devoradores de presentes! corregid vuestras sentencias y olvidad la iniquidad. Se hace daño a sí propio el hombre que se lo hace a otros; un mal designio es más dañoso para quien lo ha concebido. Los ojos de Zeus lo ven y lo comprenden todo; y en verdad que, si Zeus lo quiere, mira al proceso que se juzga en la ciudad. Pero no quiero pasar por justo entre los hombres, ni que pase por ello mi hijo, puesto que constituye una desdicha ser justo, y el más inicuo tiene más derechos que el justo. Sin embargo no creo que Zeus, que disfruta del rayo, quiera que las cosas acaben así.

Oh Perses! retén esto en tu espíritu: acoge el espíritu de justicia y rechaza la violencia, pues el Cronión ha impuesto esta ley a los hombres. Ha permitido a los peces, a los animales feroces y a las aves de rapiña devorarse entre sí, porque carecen de justicia; pero ha dado a los hombres la justicia, que es la mejor de las cosas. Si en el ágora quiere hablar con equidad alguno, Zeus, que mira a lo lejos, le colma de riquezas; pero si miente perjurando, es castigado irremediabilmente: su posteridad se oscurece y acaba por extinguirse, en tanto que la posteridad del hombre justo se ilustra en el porvenir, cada vez más.

¡Te haré excelentes advertencias, insensatísimo Perses! Fácil es abismarse en la maldad, porque la vía que conduce a ella es corta y está cerca de nosotros; en cambio, para ejercitar la virtud los mismos dioses han sudado; porque la vía es larga, ardua y al principio está llena de dificultades; pero en cuanto se llega a la cúspide, se hace fácil en adelante, después de haber sido difícil.

Más prudente es quien, experimentando todo por sí mismo, medita acerca de las acciones que serán mejores una vez llevadas a cabo. También es muy meritorio quien consiente que se le aconseje bien; pero quien no escucha ni a sí propio ni a los demás, es un hombre inútil.

Acuérdate siempre de mi consejo, y trabaja, ¡oh Perses, raza de dioses! con el fin de que el hambre te deteste y de que Demeter la de la hermosa corona, la venerable, te ame y llene tu granero; porque el hambre es la compañera inseparable del perezoso. Los dioses y los hombres odian igualmente al que vive sin hacer nada, semejante a los zánganos, que carecen de aguijón y que, sin trabajar por su cuenta, devoran el trabajo de las abejas. Séate agradable trabajar útilmente, a fin de que tus graneros se llenen en tiempo oportuno. El trabajo hace a los hombres opulentos y ricos en rebaños, y trabajando serás más caro a los dioses y a los hombres, porque tienen odio a los perezosos. No es el trabajo quien envilece, sino la ociosidad. Si trabajas, no tardará el perezoso en tener envidia de ver que te enriqueces, porque la virtud y la gloria acompañan a las riquezas; y así serás semejante a un dios. Por eso más vale trabajar, no mirar con espíritu envidioso las riquezas de los demás, y tener la preocupación de tu sustento, como te aconsejo. La mala vergüenza posee al indigente.

La vergüenza viene en ayuda de los hombres o los envilece. La vergüenza lleva a la pobreza y la audacia lleva a las riquezas. Las riquezas no adquiridas por el robo, sino otorgadas por los dioses, son las mejores. Si alguien a causa de la pereza de sus manos ha arrebatado grandes riquezas, o con el ejercicio de su lengua ha despojado a otro y estas cosas son frecuentes, porque el deseo de ganancia turba el espíritu y la impudicia ahuyenta el pudor, los dioses arruinan fácilmente a tal hombre; su raza decrece, y no guarda él sus riquezas sino poco tiempo. Y es lo mismo el crimen de quien ofendiera con malos tratos a un suplicante o a un huésped, que el de quien subiera al lecho fraterno, cometiendo una acción impía por deseo de la mujer de su hermano, que el de quien, con el fraude, arruinara a niños huérfanos, y que el de quien abrumara con oprobios y palabras injuriosas a su padre al llegar éste al mísero umbral de la vejez. En verdad que Zeus se irrita contra ese hombre y le inflige un castigo terrible a causa de sus iniquidades.

En tu espíritu insensato abstente, pues, de esas acciones. Antes bien, ofrece castamente e inocentemente sacrificios a los dioses inmortales y quema muslos crasos. Aplácalos con libaciones y perfumes en el momento en que te acuestes y cuando vuelva la luz sagrada, con el fin de que te sean benévolo de espíritu y de corazón, y de que, sin vender su herencia, puedas, por el contrario, comprar la de otro. Llama a tu amigo a tu festín, y no a tu enemigo. Antes bien, invita voluntario al que habita cerca de ti; porque si te acaeciera alguna necesidad doméstica; tus vecinos acudirán sin cinturones, mientras tus parientes estén ocupados todavía en ceñirse los suyos. Un gran azote es un mal vecino, en tanto que un buen vecino es una fortuna. Encontrar un buen vecino es una buena suerte. Jamás morirá uno de tus bueyes, a no ser que tengas un mal vecino. Mide estrictamente lo

que recibas de tu vecino, y devuélveselo exactamente, y aun con creces, si puedes, a fin de que más tarde halles pronto socorro en caso necesario.

No aspire a ganancias ilícitas, porque equivalen a la ruina. Ama al que te ame, ayuda al que te ayude, da al que te dé; pero no des nada a quien no te dé nada. Se da, en efecto, al que da; pero nadie da a quien no da nada. Buena es la liberalidad; pero la rapiña es mala y mortal. Si alguien da, aunque sea mucho, y por su propio impulso, se alegra de dar y está contento de ello en su corazón; pero el que roba escudándose en su impudicia, aunque sea poco, queda con el corazón desgarrado, porque si añades lo poco a lo poco, pero frecuentemente, pronto lo poco se hará mucho. El que añade a lo que posee, evitará el hambre negra. Lo que está seguro en casa no inquieta al amo. Más vale que esté todo en casa, ya que lo que hay fuera está expuesto. Dulce es gozar de los bienes presentes y, cruel desear los de fuera. Te aconsejo evitar todas estas cosas.

Hártate de beber al principio y al final del túnel, pero no cuando está a la mitad. Vana es la economía donde ya no hay nada. Da siempre exactamente el salario convenido a tu amigo. Hasta cuando juegues con tu hermano, ten un testigo; la credulidad y la desconfianza pierden por igual a los hombres. No seduzca tu espíritu con su dulce charla la mujer que adorna su desnudez, porque anda buscando tu hacienda: y quien se fía de semejante mujer se fía del ladrón.

Al hijo único es a quien compete vigilar la casa paterna, y así es como la riqueza se acrece en las moradas. ¡Ojalá mueras viejo y dejes un solo hijo en tu lugar! Zeus otorga también grandes riquezas a las familias numerosas. Los esfuerzos de muchos producen bienes mayores. Así, pues, si tu espíritu desea riquezas, procede como te aconsejo y añade trabajo al trabajo.

LIBRO II

Al salir las Pléyades, hijas de Atlas, comienza la recolección, y la labranza cuando ellas se oculten. Se ocultan durante cuarenta días y cuarenta noches; y cuando el año va corrido, aparecen de nuevo en el momento en que se afila el hierro. Tal es el uso campestre entre los que cultivan las tierras fértiles de los profundos valles, lejos del mar retumbante. Debes estar desnudo cuando siembres, desnudo cuando labres, desnudo cuando coseches, si quieres llevar a cabo los trabajos de Demeter en el momento propicio, si quieres que cada cosa crezca en su estación, y si no quieres, careciendo de todo, ir a mendigar en moradas extrañas, sin recibir nada. Así fue como viniste a mí ya; pero yo no te daré cosa alguna, ni añadiré más regalos.

Trabaja, ¡oh insensato Perses! en la tarea que los dioses destinaron para los hombres, no vaya a ser que, gimiendo tu corazón, con tu mujer y tus hijos, tengas que buscar el sustento en casa de tus vecinos, que te rechazarán. Acaso lograras éxito dos o tres veces; pero si vuelves a importunarlos, ya no lograrás nada; hablarás mucho en vano y será inútil la multitud de tus palabras. Te aconsejo, pues, que empieces por pensar en el pago de tus deudas y en evitar el hambre.

Ante todo, procura tener una casa, una mujer, un buey de labor y una servidora soltera que siga a tus bueyes. Ten en tu morada todos los instrumentos necesarios, con el fin de que no hayas de pedirselos a otros y de que no carezcas de ellos si se te rehusan; porque entonces pasará el tiempo y el trabajo quedará por hacer. No dejes nada para el día siguiente, ni para el otro día, porque el trabajo diferido no llena el granero. La actividad acrecerá tus riquezas, porque el hombre que difiere siempre las cosas lucha con la ruina.

Cuando la fuerza del ardiente Helios disminuye y el cuerpo humano, por voluntad del gran Zeus, se torna más ligero durante las lluvias otoñales. Porque entonces la estrella de Sirio aparece menos tiempo sobre la cabeza de los hombres sometidos a la Ker y brilla sobre todo en la noche; cuando la selva, talada por el hierro, se hace incorruptible, y caen las hojas y la savia ardiente se detiene en las ramas, acuérdate de que ya es hora de cortar la madera. Talla un mortero de tres pies, un majadero de tres codos y un eje de siete pies. En verdad que esta es la mejor medida. Pero si el eje lo encuentras de ocho pies: podrás entonces cortar además un mazo. Corta también una rueda de tres palmos para una carreta que mida diez palmos y además, varios trozos de madera curvada.

Lleva a tu morada, si lo encuentras en la montaña o en los campos, una mancera de arado de carrasca, que es la mancera más sólida para hacer trabajar a los bueyes. Un discípulo de Atenea la adaptará al timón y la fijará al dental con clavos. Entonces, trabajando en tu morada, dispán dos arados, uno acoplado y el otro compacto, que así es mejor. Porque si rompes uno, sujetaras al otro los

bueyes. Los timones mas fuertes son de laurel o de olmo; el cuerpo del arado es de encina y la marecera de madera de carrasca.

Compra dos bueyes de nueve años. Cuando están en el término de la juventud, se hallan pletóricos de fuerza y son excelentes para el trabajo. No se querellarán, rompiendo el arado en el surco y dejando la labor sin acabar. Que los siga un hombre de cuarenta años, habiendo comido cuatro partes de un pan cortado en ocho pedazos. Él cuidará de su labor y trazará un surco derecho, porque no mirará a sus compañeros y se entregará por entero al trabajo. Uno más joven no valdría para esparcir la semilla y para evitar tener que esparcirla dos veces, porque uno más joven desea en su corazón reunirse con sus compañeros.

Escucha con atención el graznido de la grúlla que todos los años chilla desde lo alto de las nubes. Da la señal de ta labor y anuncia el invierno lluvioso. Entonces se desgarrá el corazón del hombre que no preparó sus bueyes.

Alimenta en tu morada bueyes de cuernos curvos. Fácil es decir al vecino: "Préstame tus bueyes y tu arado"; pero fácil es responder: "Mis bueyes están trabajando". El hombre de espíritu fantasioso dice: "¡Construiré ún arado!" Insensato, no sabe que para construir un arado son precisos cien trozos de madera, y que antes que nada se necesita ocuparse en cogerlos de antemano y reunirlos en casa.

Cuando llegue la época de labrar, ve con tus servidores, y desde por la mañana apresúrate a labrar la tierra húmeda o seca, a fin de que sean fértiles tus campos. Siembra tu campo cuando aún esté liviano por la sequía; limpia el suelo en la primavera, a fin de que no te pese, si se labra de nuevo en verano. De esta manera sirve para apartar las imprecaciones y calmar el llanto de los niños.

Suplica a Zeus subterráneo y a la casta Demeter, con el fin de que maduren los frutos sagrados de ésta.

Cuando comiences a labrar, teniendo en la mano el extremo de la mancera del arado y pinchando con el aguijón el lomo de los bueyes que arrastran el timón con ayuda de una correa, vaya detrás un servidor joven y dé que hacer a los pájaros, ocultando la semilla con ayuda de una azada. El orden es la mejor de las cosas para los mortales, y el desorden es la peor. Tus ricas espigas se curvarán hacia la tierra, si Zeus otorga un dichoso fin a tus trabajos. Ahuyentarás de tus vasos las telarañas, y espero que te regocijes de poseer la abundancia en tu casa. Alegre, llegarás a la blanca primavera, y no tendrán envidia a los demás, y los demás te tendrán envidia. Pero si labras la tierra fértil solamente en el solsticio del invierno, cosecharás sentado, recogiendo pocas espigas, sentado en el polvo y poco satisfecho. Cabrá todo en un cesto, y pocos serán los que te envidien.

El espíritu de Zeus tempestuoso va de acá para allá, y es difícil para los hombres mortales comprenderlo.

Si labras tardíamente, sin embargo, hay un remedio a eso. Cuando el cuco canta en el follaje de la encina y encanta a los mortales en la tierra espaciosa, a veces desata Zeus una lluvia durante tres días aunque cesa antes de que el agua suba por encima de la pezuña de los bueyes. Así, la labranza tardía valdría tanto como la otra. Retén esto en tu espíritu, y no lo olvides ni en el retorno de la blanca primavera ni en la estación pluvial.

No te detengas ante la fragua y la cálida Lesce en invierno, cuando el frío violento retiene a los hombres. Incluso entonces sabe acrecentar su bien el hombre activo. No te abrume, pues, el rigor del invierno y de la pobreza, mientras oprimas con tu mano delgada tu pie hinchado. El perezoso que tiene hambre da siempre vueltas en su espíritu a una multitud de vanas esperanzas y de malos pensamientos. El que no tiene sustento suficiente queda sentado en la Lesce y no tiene buenos pensamientos.

Hacia la mitad del estío, di a tus servidores: “No durará mucho el estío; preparad los graneros.” Ponte al abrigo del mes Leneón, todos los días del cual son malos para los bueyes. Evita las heladas peligrosas que cubren la tierra al soplo de Boreas, cuando éste agita el mar vasto en la Tracia, mantenedora de caballos; porque entonces mugen la tierra y la selva. Derriba las encinas de hojas altas y los pinos espesos, en las gargantas de la montaña, cayendo contra tierra, y a su impulso retiembla la selva toda. Se espantan las bestias feroces, y hasta aquellas que tienen pelaje espeso se recogen la cola bajo el vientre; pero el frío les penetra su pelaje espeso aunque cubran de vello sus pechos. Penetra el cuero del buey, y aun la piel de la cabra velluda pero no la lana de las ovejas. Y la fuerza del viento Bóreas encorva al anciano, aunque no llega al cuerpo delicado de la virgen que permanece en su morada junto a su cara madre, ignorando los trabajos de Afrodita de oro, y que, tras de lavar y perfumar con aceite su hermoso cuerpo, duerme por la noche, durante el invierno, en la morada, cuando el polípodo se roe los pies en su fría casa y sus tristes retiros. En efecto, Helios no le muestra ningún sustento que pueda coger; porque Helios se vuelve entonces hacia los poblados y las ciudades de los hombres negros, y brilla más tarde para los panhelenos. Entonces los habitantes de la selva cornudos y sin cuernos huyen, rechinando los dientes, por los tallares espesos; porque en sus ánimos no existe sino una preocupación: la de ir a buscar madrigueras secretas y cavernas pedregosas aca y allá. Entonces también los mortales ya parecidos a trípodes con los hombros caídos y baja la cabeza se arrastran, van y vienen evitando la blanca nieve.

Cubre tu cuerpo entonces, como te aconsejo, con un manto esponjoso y una larga túnica. Sobre la trama ligera de ésta aplica un espeso forro; y póntela, a fin de que tus vellos no se te ericen a lo largo de tu cuerpo. Ata a tus pies sandalias hechas con cuero de un buey muerto violentamente, y adáptatelas, con los pelos para adentro. Cuando llegue la estación del frío, échate a los hombros, y cuélgalas con una correa de cuero, pieles de cabritos recién nacidos, que te resguardarán de la lluvia. Ponte a la cabeza un gorro labrado bien hecho que impida que se te humedezcan las orejas; porque es fría la mañana cuando cae Bóreas, y el viento de la mañana, al bajar desde el Urano estrellado a la

tierra, se desparrama sobre los trabajos de los ricos. El aire vaporoso, emanado de los ríos de curso sin fin y alzado de la tierra por los remolinos del viento, a veces cae en lluvia al anochecer, y a veces sopla, en tanto que el tracio Bóreas deshace las nubes espesas.

Prevenlo, y acabado tu trabajo, vuelve a tu morada, no vaya a ser que la tenebrosa nube uránica envuelva tu cuerpo y moje tus vestidos. Evita esto. Ese mes es el más duro del invierno, duro para los rebaños y duro para los hombres. Da entonces a los bueyes la mitad de su pasto, pero aumenta el sustento de los hombres. Porque las noches largas bastan para fortalecer a los bueyes. Pon atención durante todo el año en condicionar los alimentos a la duración de las noches y los días, hasta que la tierra mantenedora te prodigue de nuevo todo lo que produce.

Cuando, sesenta días después de la conversión de Helios, pone fin Zeus a los días invernales, la estrella Arctiro, abandonando el curso inmenso de Océano, aparece la primera y se alza al anochecer. Después, la gemebunda golondrina, hija de Pandión, aparece por la mañana a los hombres, cuando ha comenzado ya la primavera. Prevenla y poda tu viña, que así es mejor. Pero, cuando salga del suelo el caracol para subir a las plantas y huya de las Pléyades, no caves tus viñas, sino que debes afilar tu hoz y excitar a tus servidores. Huye de los retiros umbrosos y del lecho por la mañana, en la época de la recolección, cuando Helios seca el cuerpo. Date prisa, levántate con el alba, y reúne las gavillas en tu morada, con el fin de que sea suficiente la cosecha. La mañana hace la tercera parte del trabajo, abrevia el camino y activa la obra. En cuanto despunte la mañana, pon en movimiento gran número de hombres y sujeta al yugo gran número de bueyes.

Cuando el cardo florece y la sonora cigarra, posada en un árbol, canta su canción armoniosa agitando las alas, en la cálida estación de estío, entonces están gordas las cabas, es excelente el vino, las mujeres se tornan más livianas y los hombres más voluptuosos, porque Sirio les abrasa la cabeza y las rodillas, porque tienen todo el cuerpo seco por el calor. Ojalá que entonces estén a la mano las rocas umbrosas, el vino de Biblos, el pan bien cocido, la leche de cabras que no crían ya, la carne de ternera que no ha parido y la carne de cabritos tiernos. Bebe vino negro, sentado a la sombra, y hártate de comer, con el rostro expuesto al soplo tibio del viento, al borde de un manantial que corra incesante y claro. Mezcla tres partes de agua con una cuarta parte de vino. Ordena a tus servidores, cuando aparezca la fuerza de Orión, que muelan los dones sagrados de Demeter en un lugar descubierto y sobre una era bien redondeada y muy plana. Mide correctamente el grano y mételo en tus depositos. Luego, cuando hayas dispuesto toda tu cosecha en tu morada, busca un servidor sin casa y una servidora sin hijos. La que tiene hijos es importuna. Alimenta a un perro de dientes terribles y no le escatimes el alimento, no vaya a ser que se lleve tus riquezas el ladrón que duerme de día. Haz también provisión de heno y de paja, a fin de alimentar con ello todo el año a Los bueyes y a tus mulos. Después, por último, dejen en reposo tus servidores sus rodillas y desúnzanse los bueyes.

Cuando Orión y Sirio lleguen a la mitad del Urano, y cuando Eos la de los dedos rosados mire a Arctiro, ¡oh Perses! guarda tus uvas en tu morada; y exponlas a la luz de Helios durante diez días y otras tantas noches. Ponlas a la sombra durante cinco días, y al sexto, encierra en los vasos esos dones de Dionisos que inspira la alegría.

Cuando las Pléyades, las Hiadas y la fuerza de Orión hayan desaparecido, acuérdate de que ha llegado el momento de labrar, y así será consagrado todo el año a los trabajos de la tierra.

Si se apodera de ti el deseo de la navegación peligrosa, teme la época en que las Pléyades, huyendo de la fuerza terrible de Orion, caen en el negro mar. En verdad que entonces se desencadenan los soplos de vientos numerosos. No dejes ya mucho tiempo tus naves en el negro mar; acuérdate, antes bien, de trabajar la tierra, como te aconsejo. Arrastra tu nave al continente y sujétala con piedras por todos lados, a fin de que éstas resistan a la fuerza de los vientos húmedos y de que se vacíe la sentina, a fin de que la lluvia de Zeus no pudra la nave. Lleva todo el aparejo a tu morada, y pliega con cuidado las alas de la nave que surca el mar. Cuelga el gobernalle sólido por encima del humo hasta que vuelva el tiempo de la navegación. Arrastra entonces al mar tu nave rápida y llénala de manera que reportes un beneficio a tu morada. Así es como mi padre y tuyo ¡oh insensatísimo Perses! navegaba en sus naves, buscando una buena ganancia.

En otro tiempo vino aquí, a través del inmenso mar, en una nave negra, abandonando Cima Eólida. Y no rehuía la opulencia ni las riquezas, sino la pobreza mala que Zeus inflige a los hombres. Y junto al Helicón, hábitó la mísera aldea Ascra, horrible en invierno, penosa en estío y jamás agradable.

Por lo que a ti respecta, ¡oh Perses! acuérdate de escoger el tiempo propio para todos dos trabajos y sobre todo para la navegación. Elogia la nave pequeña, pero no cargues sino una grande. Cuanto más considerable es la carga, más considerable es la ganancia, siempre que los vientos retengan su soplo terrible. Si quieres orientar hacia el comercio tu espíritu imprudente, evitar las deudas y el hambre cruel, te enseñaré a conducirte en el mar de ruidos sin número, aunque no soy hábil en la navegación; porque nunca partí en nave para alta mar, a no ser para la Eubea desde Aulide, donde, retenidos por el viento, los acayanos congregaron en otro tiempo su gran ejercito para ir desde la santa Hélade a Troya la de hermosas mujeres. De allí fui a Calcis para los juegos del bravo Anfidamas. Sus hijos magnánimos los habían instituido de todas clases. Me jacto de haber obtenido allí el premio del canto, un trípode de dos asas que consagré a las Musas Heliconiadas, en donde por primera vez me inspiraron el canto sonoro. Solamente entonces fue cuando me aventuré en las naves construidas con ayuda de numerosos clavos.

Pero, entretanto, te diré la voluntad de Zeus tempestuoso, porque las Musas me enseñaron a cantar el himno sagrado.

Cincuenta días después de la conversión de Helios, al final de la laboriosa estación del estío, es la época de la navegación para los mortales. Entonces, ciertamente, no se romperá ninguna nave y no tragará el mar a ningún hombre, a menos que así lo quiera el sabio Poseidón que conmueve la tierra, o Zeus, rey de los Inmortales, porque de ellos dependen los bienes y los males.

Entonces serán fáciles los vientos y el mar permanecerá tranquilo y sin peligro. Seguro de los vientos, arrastra al mar tu nave rápida, después de cargarla bien; apresúrate luego a volver a tu morada. No aguardes al vino nuevo, a las lluvias otoñales, a la proximidad del invierno y a los soplos terribles del Noto que, viniendo con las abundantes lluvias uránicas del otoño, revuelve el mar y lo hace impracticable.

También es buena la navegación en primavera. Cuando aparecen las primeras hojas en la copa de la higuera, tan poco visibles como las huellas de una corneja que anda, es practicable el mar. Esta es la navegación de primavera; y no la apruebo; sin embargo, y no place a mi espíritu, porque es incómoda. Difícilmente evitarás el peligro. Pero los hombres obran imprudentemente, y el dinero es el alma de los míseros mortales. Como es la * mentaba morir en las olas, te aconsejo que medites en tu espíritu acerca de todo lo que te digo. No pongas en tus naves toda tu riqueza; deja la mayor parte y llévate la menor; porque tan lamentable es encontrar la muerte en los olas del mar como romper el eje de un carro demasiado cargado, y perder así lo que contiene.

Se prudente. Lo mejor en todo es escoger la ocasión. Cuando no tengas todavía treinta años o no tengas muchos más conduce a una esposa a tu morada; esa es la edad que te conviene para el matrimonio. Sea nubil la mujer a los catorce años y cácese a los quince. Desposa a una virgen a fin de enseñarle las costumbres castas. Conduce sobre todo a tu morada a la que habite cerca de ti. Pon en esas cosas la mayor atención, no vaya a ser que tu desposorio cause la irritación de tus vecinos. Una mujer irreprochable es el mejor bien que puede caer en suerte a un hombre; pero la peor calamidad es una mujer amiga de festines que quema a su marido sin antorcha, por muy vigoroso que sea, y le arrastra a una vejez rápida.

Observa el temor saludable a los dioses inmortales. No hagas de tu amigo un igual a tu hermano; pero, si lo haces, no seas el primero en causarle ningún entuerto. No mientas únicamente por hablar. Si un amigo comienza a ofenderte con su palabra injuriosa o con la acción, acuérdate de castigarle por ello dos veces; pero, si vuelve a tu amistad y quiere ofrecerte una satisfacción, recibela, porque es un pobre hombre que tiene que ir de un amigo a otro amigo. Tu rostro revele tu pensamiento. Que no te llamen huésped de muchos ni de pocos. No seas compañero de los malos, ni calumniador de los buenos. No permitas jamás que insulten la mísera pobreza que roe el alma y que es un don de los dioses inmortales. Ciertamente, la lengua parsimoniosa es un tesoro excelente entre los hombres, y la gracia de las palabras está toda en su medida. Si hablas mal se hablará de ti peor todavía. No asistas con aire huraño a los festines públicos que se celebren a costa común. En ellos es grandísimo el placer y muy pequeño el gasto. Nunca hagas por la mañana con manos impuras

libaciones de vino negro a Zeus o a los demás Inmortales. No te atenderán y rechazarán tus plegarias. No orines de pie contra Helios, y desde que se ponga hasta que salga, no lo hagas tampoco desnudo en medio o fuera del camino, porque las noches son de los dioses.

Un hombre prudente se retrae para no mostrar sus vergüenzas, o bien se arrima al muro de un corral. Tampoco exhibas tus vergüenzas manchadas de semen dentro de tu casa. No siembres progenie cuando vuelvas de un funeral porque es de mal agüero, sino hazlo cuando regreses de un convite de los dioses.

No atraveses jamás a pie el agua límpida de los ríos inagotables, antes de haber orado mirando su hermoso curso y de haberte lavado las manos en tan hermosa agua clara. Al que atraviesa un río con manos impuras, los dioses le toman odio y le preparan calamidades para el porvenir.

Durante el festín sagrado de los dioses, no apartes jamás lo seco de lo verde con ayuda del hierro negro, y no pongas la copa donde se beba en la crátera, porque eso sería una señal funesta.

No dejes sin acabar la casa que edifiques, no sea que la corneja chillona vaya a posarse en ella graznando.

No comas ni te laves en vasos no consagrados, porque te traería desgracia.

No sientes a un niño de doce días sobre los muebles sagrados; no es bueno eso, en efecto, y sólo harías de él un hombre débil para engendrar. Lo mismo ocurriría con un niño de doce meses.

Hombre, no laves tu cuerpo en el baño de las mujeres, porque algún día seguiría a esa acción un castigo terrible.

Si te presentas en medio de un sacrificio, respeta los misterios, porque se irritaría el dios.

No orines en la corriente de los ríos que van al mar, ni en las fuentes. Evita esto sobre todo. No satisfagas allí ninguna necesidad, porque no sería mejor la acción.

Evita una mala fama entre los mortales. La mala fama es peligrosa; se levanta fácilmente, se soporta con pena y se consigue difícilmente echar de sí. Cuando son pueblos numerosos los que difunden la fama, no perece ésta nunca, porque es también diosa.

Observa los días de Zeus y enseña su observancia a tus servidores, con arreglo al buen orden. El trigésimo día del mes es el mejor para examinar los trabajos y pagarles el salario, cuando los pueblos se conducen discriminando con verdad unos días de otros.

He aquí los días del sabio Zeus:

el primero, el cuarto y el séptimo, días sagrados, porque en esle último Latona parió a Apolo el de la espada de oro; el octavo y el noveno, dos días del mes que avanza, convienen a los trabajos de los mortales; el undécimo y el duodécimo sobresalen ambos, uno para esquilar las ovejas y otro para cortar las alegres espigas; pero el duodécimo es mejor que el undécimo, porque entonces la araña,

suspendida en el aire, corre en pleno estío, en tanto que la prudente hormiga amontona sus provisiones. Es preciso que en tal día la mujer prepare su tela y comience su labor.

Guárdate de sembrar en el decimotercero día del mes comenzado; pero ese día es excelente para las plantaciones. El decimosexto no es muy favorable para las plantaciones de árboles, mas es propicio a la generación de los varones, pero no a la de las hembras, tanto para que nazcan como para que se casen. Es un buen día para castrar a los caballos y a los carneros y para rodear de una cerca el establo. Es bueno también para engendrar varones; pero éstos amarán a las querellas, a las mentiras, a las palabras dulces y a las entrevistas secretas.

En el octavo día del mes, castra al cerdo y al toro mugidor, y en el duodécimo, a los mulos pacientes. En el vigésimo, durante el mes de los días largos, el hombre prudente engendrará, porque su prole será de agudo entendimiento. El decimo es propicia a la generación de los varones, y el decimocuarto a la generación de las hembras. También en este día aplaca, acariciándolos con la mano, a las ovejas, a los bueyes de cuernos torcidos y de pies curvos, al perro de dientes afilados y a los mulos pacientes, y domestícalos; se prudente, a fin de evitar las penas del ánimo durante el cuarto día del mes que crece o se acaba: porque esos días son enteramente perfectos.

En el cuarto día, conduce una esposa a tu morada después de consultar el augurio de las aves. Esta es la mejor adivinación para el matrimonio. Evita los quintos días, porque son peligrosos y terribles. Entonces, efectivamente, es cuando según dicen, las Erinnias recorren la tierra vengando a Horco, a quien parió Eris para castigar el perjurio.

En el decimoséptimo examina atentamente los dones sagrados de Demeter y aviéntalos en un aire tranquilo. Corta también la fuerza de las maderas destinadas a las casas y a las naves. En el cuarto comienza a construir tus naves rápidas. El decimonono día del mes, por la tarde, es el mejor día para todo. El noveno día será libre de penas para los hombres; también lo es para plantar y para engendrar al hombre o a la mujer. Este no es jamás un mal día.

Pero pocos saben que el vigésimonono es un día excelente para calafatear los toneles y someter los bueyes al yugo, así como los mulos y los caballos rápidos; y también para arrastrar al negro mar una nave rápida de numerosos bancos de remeros; pero pocos lo saben.

En el cuarto día, abre los toneles; si éste es del mes mediado, sabe que es el día sagrado por encima de todos. Algunos saben que el vigésimocuarto día por la mañana es el mejor del mes; pero, por la tarde es menos bueno.

Estos días son los más útiles a los hombres. Los demás son inseguros, pues no presagian ni acarrear nada. Se alaba tanto a uno como a otro; pero pocos los conocen. La jornada es tan madrastra como madre. ¡Dichoso, dichoso aquel que, sabiendo todas estas cosas, irreprochables ante los dioses, se entrega al trabajo sin cometer falta alguna; observa los augurios de las aves y huye de las malas acciones.